



CONTRA EL ONE SIZE FITS ALL

Sobre *Cultura y Modernización en América Latina*, de Pedro Morandé

Rodrigo Pérez de Arce
Instituto de Estudios de la Sociedad
| rperezdearce@ieschile.cl |

La relevancia del momento histórico

Pese a que *Cultura y Modernización en América Latina* (2017a) se escribió hace relativamente poco tiempo –han pasado apenas 35 años desde su publicación en 1984–, el contexto en que aparece es tan distinto al nuestro que merece ser revisitado. Por lo demás, es el propio Morandé quien reivindica la relevancia del momento histórico en que escribe. Inevitablemente, las circunstancias de cada época dialogan con la reflexión que un autor plantea. No son pura determinación externa del pensamiento, ni alcanzan a resumir su contenido, pero sí son parte importante del mismo.

Hay dos circunstancias que motivan a Morandé a escribir este libro. Por una parte, la dramática situación de Chile a principios de los años 1980s, inmerso en las primeras consecuencias de la profunda transformación económica y social impulsada bajo el régimen de Augusto Pinochet. Según el autor, esta sería el último eslabón de una cadena de intentos por imponer el proyecto modernizador o desarrollista. Se trata de la idea del cambio social programado, asunto fundamental en la



construcción del argumento del libro, así como una de sus contribuciones más originales. Junto con reconocer la radicalidad de este acicate a la transformación, Morandé no lo limita a su manifestación capitalista, sino que elabora un aparataje conceptual que le permite abordar los proyectos desarrollistas de diversos signos, desde Frei Montalva hasta Pinochet, por más contradictorio que esto pueda parecernos. Es casi inevitable hacer la conexión de esta propuesta con otras hipótesis de la época, como las “planificaciones globales” (Gongora 2006), o el fracaso de los intentos desarrollistas (Véliz 1980). Estos son parte de un conjunto de libros y artículos, publicados durante la década de 1980, que dan cuenta de la preocupación de una generación buscando abordar los profundos cambios sociales de los que son testigos, con vistas a procesarlos desde sus respectivas perspectivas disciplinares.

En este sentido, Morandé también busca responder a la situación intelectual de su disciplina, la sociología, que de acuerdo con el autor entonces se encontraba subsumida en un largo letargo. Esta será la segunda inquietud que lo motiva. La idea es recurrente en el corpus morandeano (Morandé 2017b) y, otra vez, provocativa. El autor postula que el silencio en el que se encontraba la sociología no dependía tanto de factores externos, sino que se trataba de una suerte de inmovilidad interna. Esto se debió a que la sociología se puso al servicio de la política y, así, se convirtió en un instrumento al servicio de la transformación social antes que en un campo autónomo de reflexión. Para Morandé, la aceptación acrítica de las teorías de la modernización importadas de países desarrollados – ocasionadas por una lectura incompleta de Weber– redundó en un abandono progresivo de las preguntas específicamente latinoamericanas. Así, la política y las ciencias sociales orientan toda su capacidad hacia el



desarrollo. En ese esfuerzo, la disciplina empieza a describir el resto de las realidades por aquello que carecen, en este caso, la falta de desarrollo. Morandé especifica su crítica en el espacio intelectual ocupado por la Cepal, aunque también podría incluir, por ejemplo, al desarrollismo parsoniano de Gino Germani.

La discusión intelectual, entonces, se formula en términos de sociedad moderna contra la tradicional. La categoría dista de ser pacífica. Se trata de un “gran cajón de sastre, en el cual puede caber lo que se quiera, puesto que no queda definido por lo que contiene, sino por lo que se sabe de antemano que le falta” (Morandé 2017b: 45). La sociología modernista estudia dos polos, definiendo uno –el desarrollado– como deseable, y al otro –la sociedad tradicional– solo como una comunidad en tránsito hacia el desarrollo, que no interesa en sí misma. De esta circunstancia derivaba la carencia de teorías específicamente latinoamericanas para explicar el momento del continente. No se trata de buscar una teoría con denominación de origen por sí sola, sino de la necesidad de comprender la especificidad de la región (y de cada país que la integra) para abordar su devenir histórico y cultural. Morandé cambia la perspectiva del análisis con el objetivo de construir una teoría afirmativa de América Latina, alejándose así de la mirada predominante que se enfocaba en sus carencias y la reducía a un obstáculo.

Es importante destacar que Morandé enmarca su obra en el ensayismo latinoamericano. Esto tiene dos consecuencias fundamentales. La primera es una definición estilística, esto es, respecto a la manera en que desarrollará su tesis: no será una exposición sistemática y estricta, de definiciones exactas y detalladas. De hecho, para una mejor comprensión de su desarrollo hará falta recurrir a otros textos del autor. Cuando recupera



el ensayismo, Morandé decide realizar un discurrir del pensamiento. Esto no le quita profundidad a su propuesta; por el contrario, abre un camino al lector, uno lleno de intersticios y rincones que merecen atención. De ahí que se trate de un libro con un puñado de certezas, pero, ante todo, con un amplio abanico de preguntas. Lo anterior es congruente con la inquietud vital y profesional del autor: ¿cómo justificar un programa de investigación sociológica –y para las ciencias sociales– en un Instituto de Sociología cerrado por la dictadura militar?

Pero hay también una segunda consecuencia de esta opción ensayística. La forma moderna de hacer academia comenzó a imponerse paulatinamente. Morandé previó el advenimiento de una academia productiva y burocrática, caracterizada por la hegemonía del formato *paper*. A diferencia de ésta, Morandé propone una recuperación de lo latinoamericano desde una tradición específica: la de José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Octavio Paz y José Enrique Rodó. Como indica en el libro aquí reseñado, todos ellos se dedican a pensar y escribir América Latina desde América Latina, pues para ellos “la crisis (...) solo es inteligible a la luz del proceso de desmembramiento de la unidad cultural latinoamericana” (Morandé 2017a: 57). Lo anterior, que parece una perogrullada, no es ni tan fácil ni tan obvio. Implica un rechazo a una manera de hacer academia que comenzaba a imponerse en los 1980s, una que le cierra las puertas al pensamiento propiamente latinoamericano. Quisiera aquí plantear que *Cultura y Modernización en América Latina* fue una obra particularmente disruptiva en su contexto; y una cuyos ecos resuenan hasta el día de hoy.



La tesis del libro: la cultura como punto ciego del desarrollismo

Este libro de Morandé se enmarca en el campo de la sociología de la cultura, para lo cual hace suya la propuesta de Alfred Weber de entender la cultura como una hermenéutica de la historia. De acuerdo con esta perspectiva de la historia, hay que “contemplar su curso, la formación de sus estructuras y el proceso de su dinamismo, con la esperanza de que de ese modo podamos comprender algo de nuestro propio destino en el tiempo presente y en el futuro” (Siches 1941). Para Morandé, la cultura es siempre histórica, esto es, “expresión particular de sujetos o pueblos particulares” (Morandé 2017b: 67). Esta comprensión dinámica de la cultura descarta de plano el esencialismo voluntarista del que se acusó al autor (Gazmuri 1984; Mascareño 2019)¹.

Es importante mencionar que Morandé postula que la identidad cultural de América Latina se forma a partir del *encuentro* entre los conquistadores europeos, con la palabra escrita y la religión católica, y los pueblos aborígenes americanos, que vivían una cultura eminentemente oral, orientada hacia el rito. El desarrollo de esta tesis requiere de una argumentación que excede por mucho las pretensiones de este trabajo; baste mencionar que, para el autor, la noción de encuentro es centralmente constitutiva de la identidad cultural del continente. Es aquello que fundamenta el particularísimo *ethos* latinoamericano. Si no se atiende a

¹ Luego de la publicación del libro, algunos autores acusaron a Morandé de entender la cultura latinoamericana como una categoría rígida e inmóvil. La respuesta de Morandé descarta tal acusación (Morandé 1985), apuntando que la crítica es un mero mono de paja; y que “una adecuada interpretación del siglo XVI nos ofrece el punto de partida de una dinámica cultural” (ibid. 241).



esta circunstancia y la manera en que incide en la construcción posterior, todo intento de comprensión queda incompleto.

El título que da nombre al libro esboza los conceptos que están en tensión en el mismo. Para Morandé, el proyecto modernizador desarrollista, encarnado por la Cepal, prescindía de toda consideración por el sustrato cultural en el que se aplicaba. El problema no era patrimonio de ninguna corriente en específico: el autor incluye en su crítica al estructuralismo neomarxista francés, el racionalismo crítico antipositivista alemán y el neoliberalismo norteamericano. Todas estas propuestas buscan llegar al desarrollo, que, en el caso de América Latina, “dejará de tener como punto de referencia la interpretación de la historia y de la tradición cultural para privilegiar, en cambio, el análisis de la funcionalidad de las estructuras propuesto por las ciencias sociales” (Morandé 2017a: 59). Tal proceso busca planificar racionalmente el orden social de acuerdo con ciertos valores previamente establecidos. Por esto, el autor clasifica todas estas perspectivas al alero de una teoría del cambio social programado. La modernización se separa del proceso histórico y su *ethos* originado en Europa, para transformarse en una opción tecnológica para todos los pueblos que estén dispuestos a superar los obstáculos que les depare el camino. Desde esta perspectiva, la cultura latinoamericana se entiende como impedimento para el éxito del proyecto desarrollista. El paradigma extranjero deviene en dogmático y no puede ser criticado ni cuestionado.

Hay, en todo caso, una omisión que para Morandé es particularmente conflictiva. El principal olvido del paradigma desarrollista sería el fenómeno sacrificial que está al servicio de la determinación de los valores que conforman su formación cultural concreta, aquello que Morandé denomina el *ethos* social. En Morandé el sacrificio es una



categoría social insoslayable, pues allí se articula el vínculo entre valor y funcionalidad de la estructura concreta. El sacrificio, además, goza de un estatus particular en una cultura como la latinoamericana, que es eminentemente ritual (Morandé 2010).

A pesar de la tentación moderna de atribuir el sacrificio de manera exclusiva a culturas arcaicas, Morandé muestra que sigue presente en el mundo moderno: “si hacemos una comparación entre la presencia del sacrificio en las sociedades arcaicas y en la modernidad, pareciera que esta última no sale tan airosa a pesar de todos sus intentos para desterrarlo de la vida social” (Morandé 2017a: 126). Siguiendo lo dicho por Octavio Paz luego de la matanza de Tlatelolco, “la pirámide sacrificial azteca vive todavía en el subsuelo del México moderno” (ibid.). Morandé, por cierto, extiende este diagnóstico a los detenidos desaparecidos y torturados por la dictadura en Chile (ver, ibid. 127). Pero el sacrificio no se manifiesta solo en contextos dramáticos, sino también en las propuestas de desarrollo: hay que sacrificar a la sociedad tradicional para dar paso a la sociedad moderna. Esto se percibe con mayor claridad con el uso de la noción de “costo social” (ibid. 123 y ss.) para evaluar las estrategias de superación del subdesarrollo. De una u otra forma, el sacrificio se manifiesta en las diversas discusiones públicas, dando cuenta de su inevitabilidad. Sin embargo, nadie se hace cargo de ella; el problema es que ese costo social remite a personas y culturas concretas.

Vigencia de la tesis *morandean*

En Chile, el cuestionamiento del modelo fue particularmente intenso en el ciclo 2006-2011, fuertemente marcado por diversas protestas estudiantiles.



A pesar del éxito en la implantación del modelo liberal desde los años 1980s, por sus intersticios se manifiestan algunas disonancias respecto a si se ajusta a la realidad cultural sobre la que se aplicó. Dos ejemplos ayudan a ilustrar el punto.

El primero es el debate sobre el sistema de seguridad social, en particular, el sistema previsional. En una entrevista en televisión abierta, uno de los principales impulsores de la capitalización individual, mencionó que el sistema de capitalización individual y administración privada era un “Mercedes Benz al que le faltaba el combustible”². Para él, el problema no estaba en el diseño institucional, sino en que sus contribuyentes no estaban lo suficientemente ajustados al modelo. El problema no era la política pública específica, sino que sus destinatarios no eran capaces de cumplir sus requisitos. La provocación de Morandé aparece en la posibilidad de pensar desde los destinatarios en cuanto lo que son; y no la manera en que se puede mejorar la condición humana.

El segundo ejemplo es un tipo de explicación que suelen dar los expertos –economistas, políticos– del malestar ciudadano respecto de la política. Comúnmente, se atribuye a lo que la economía denomina “la trampa de los ingresos medios”³. Desde esta perspectiva, el tránsito hacia el desarrollo es un camino lineal, con metas y procesos claros, en el cual las desviaciones, críticas o ralentizaciones son solo trampas. No hay referencia a la cultura, ni a las personas concretas que experimentan cambios concretos desde una cultura específica. Todas las manifestaciones

² Ver entrevista a José Piñera en *El Informante* el 3 de agosto de 2016. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=J-gD_B_hlxE

³ Por ejemplo, en la columna publicada por Sergio Urzúa el 23 de junio de 2019 en *El Mercurio*.



negativas se construyen como muestras de la mentalidad anterior, atrasada, percibida como desviación respecto al desarrollo.

No es casual que la pregunta por el desarrollo siga siendo protagónica en el horizonte de la política; en efecto, se ha acentuado. De ahí que parte importante de sus esfuerzos esté en cumplir con ciertos estándares propuestos por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), cuyas directrices son el punto de fuga y de comparación parametrizada de las políticas públicas. Parte del problema radica allí: la creciente tecnocratización de lo público y el cuerpo que gestiona el modelo impide la orientación de las sociedades, tomando en cuenta su especificidad. Pero, además, impide que la cultura emerja plenamente, lo cual crea espacios de tensión, particularmente en América Latina.

La relectura de este libro llega en un momento en que las interrogantes acerca de qué significa vivir en sociedad son particularmente intensas, y se reiteran en nuestro continente, en Estados Unidos y en Europa. Por lo visto, no se trata de un problema exclusivamente chileno o latinoamericano, sino que existe un malestar más o menos generalizado en las democracias occidentales que tienta a realizar una aproximación generalista del fenómeno. Una lectura cuidadosa de *Cultura y Modernización* lleva a moderar este impulso: no hay salida sin una comprensión detallada de la crisis. A pesar de que se manifiesta en diferentes lugares del mundo, es necesario comprender la peculiaridad de ésta. No se soluciona importando modelos, sino modulando las soluciones al sustrato cultural al que se anclan. No hay algo así como una talla, molde o solución única que aplique para todos. Dicho de otra manera, mientras el desarrollismo pide a las personas que engorden o enflaquezcan para



caber en el traje, Morandé propone confeccionar uno a la medida de la cultura. Siguiendo el ejemplo del sastre, no hay una talla única que sirva para todos. No hay algo así como el *one size fits all*. Como postula el propio Morandé en un documento que parece particularmente actual: “Lo que no se entierra adecuadamente, tarde o temprano vuelve a aparecer en la superficie” (Morandé, 1990, p. 22).

Sobre el autor

Rodrigo Pérez de Arce es abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile y cursa un magister en sociología en la misma institución. Actualmente, se desempeña como coordinador de publicaciones del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).

Bibliografía

Gazmuri, Cristián (1984). “Reseña. Cultura y modernización en América Latina”. *Estudios Públicos* 16 (primavera): 187-196.

Góngora, Mario (2006). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Novena edición. Santiago, Editorial Universitaria.

Mascareño, Aldo (2019). “Reseña. Pedro Morandé: del barroco a los sistemas sociales”. *Estudios Públicos* 153 (verano): 211-234.



Morandé, Pedro (1985). “Respuesta al comentario de Cristián Gazmuri sobre Cultura y Modernización en América Latina”. *Estudios Públicos* 19: 233-256.

Morandé, Pedro (1990). “Identidad local y cultura popular”, en Ministerio Secretaría General de Gobierno (coord.) *Aproximaciones a la identidad local. Seminario Conceptual*. Santiago, División de Organizaciones Civiles: 21-34.

Morandé, Pedro (2010). *Ritual y palabra: Aproximación a la religiosidad popular Latinoamericana*. Santiago, Instituto de Estudios de la Sociedad.

Morandé, P. (2017a [1984]). *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago, Instituto de Estudios de la Sociedad.

Morandé, Pedro (2017b). “La crisis del paradigma modernizante de la sociología latinoamericana”, en Andrés Biehl y Patricio Velasco (eds.) *Textos sociológicos escogidos*. Santiago, Ediciones UC: 35-64.

Recasens Siches, Luis (1941). “Reseña. Historia de la Cultura”. *Revista Mexicana de Sociología* 3 (3): 148-159. DOI: 10.2307/3537384

Véliz, Claudio (1980). “La tradición centralista en América Latina”. *Estudios Internacionales* 13 (50): 151-162.